



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Exhortaciones de elevado valor

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS caminos del Señor son magníficos y maravillosos, llenos de libertad, de inefable bondad, de benevolencia y de estímulo, pero requieren de nuestra parte un contravalor que no podemos descuidar sin sentir un gran déficit. Se trata, pues, de reaccionar convenientemente, profesándole gratitud y apego al Dador de todas las gracias excelentes y de todos los dones perfectos.

En efecto, es solamente el circuito producido por la gratitud que puede dar un buen resultado. Tan pronto como cesa el circuito, las mejores cosas pueden volverse dañosas. Es así como incluso los manjares más deliciosos pueden resultar un peligro muy grande si no los digerimos. Espiritualmente es lo mismo. Las mejores cosas pueden sernos una inmensa piedra de tropiezo cuando no realizamos el circuito correspondiente.

¿Por qué los hombres pasan por la muerte? Porque no tienen amor en su corazón. Es el amor que nos lleva a dejarnos influenciar por el fluido vital. Cuando procuramos practicar el amor, el poder de Dios puede operar en nosotros, y el circuito de la gracia divina se manifiesta con facilidad. Cuando se interrumpe este circuito, vienen terribles perturbaciones en el organismo, incluso si disfrutamos de las más envidiables situaciones.

Como lo vemos, los seres humanos se hacen desgraciados a causa de su propio carácter, por su línea de conducta insensata, desordenada y diabólica. Ellos tendrían todo para vivir en la abundancia y en la felicidad, pero se cortan ellos mismos de la bendición.

El pueblo de Israel ilustra bien esta situación. Su antepasado era Abraham, un hombre de alto valor y de una gran fe. La bendición moraba en él y se extendió a su posteridad, que tuvo así maravillosas oportunidades de beneficiarse de inmensas ventajas.

Pero la mayoría de los hijos de Israel no tenían la fe de los profetas pues si bien aceptaban los privilegios que les venían de la bendición que Abraham les había traído, no hacían nada para conservarla. Por eso la equivalencia no tardó en mostrarse.

Nosotros tenemos también la inmensa ventaja de conocer la verdad, de haber sido introducidos en el conocimiento del plan divino. Incluso varios entre los miembros de la familia de la fe tienen el gran privilegio de vivir en una estación. Se trata de saber estimar las inmerecidas gracias que tenemos y conducirnos en consecuencia.

Es preciso que vivamos un mínimo de disciplina, si queremos poder subsistir en el Reino. Si no, las pruebas vendrán a ser demasiado quemantes y no podremos soportarlas. Cuando

el adversario venga a ofrecernos uno de sus presentes maquiavélicos, morderemos en el anzuelo. Como no habremos hecho lo necesario, nos faltará totalmente el discernimiento para darnos cuenta de la superchería, y tomaremos su falsa moneda como buena plata.

Por tanto, es preciso ponernos a la disciplina del Reino, si queremos poder permanecer en él. Esta disciplina es muy amable. El que tiene buena voluntad se alegra mucho de ella, porque experimenta que la necesidad para desenvolverse en los sentimientos divinos.

La disciplina del Reino de Dios nos es muy saludable, nos acostumbra a ser amables con nuestro entorno, a amar a nuestro prójimo, a evitar los pensamientos de rencor, las animosidades, los celos, la ira. En efecto, los esfuerzos que hacemos para corregirnos producen efectos maravillosamente benéficos en nuestro organismo, que así no es afectado por los ataques de todos los principios nocivos que hacen sufrir y morir.

Cualquiera puede recibir la bendición; basta con llenar las condiciones requeridas. Un pecador pobre y miserable, desprovisto de toda ventaja, pero que sinceramente busca los caminos divinos, es aceptado por el mismo motivo. La puerta está ampliamente abierta al que busca la vida. Cada uno es recibido amablemente, y el que se arrepiente de sus faltas y cuya condición de corazón es conveniente, recibe la bendición en una medida tan grande como sea capaz de soportarla.

El Eterno no hace acepción de personas, pero lo que importa es establecer el circuito con Él. Un orgulloso no puede tener la bendición, porque su carácter es un estorbo que le impide recibirla. En la parábola de Jesús, en el templo el Eterno no pudo atender la oración del fariseo lleno de sí mismo, pero él publicano, que sentía su miseria, salió justificado.

Hay muchas cosas que contribuyen a realizar una situación de corazón tierna y afectuosa. En este dominio hay personas del mundo que están mucho más avanzadas que algunos amigos que desde hace mucho tiempo se benefician de las instrucciones de la verdad, pero que no hacen esfuerzos para adaptarlas a su conducta. Entonces permanecen duros y secos, su corazón es una tierra árida en la cual no puede desarrollarse la semilla divina.

Tan pronto como el corazón está bien dispuesto, la amable influencia de la gracia divina se manifiesta en nosotros por medio de la fe. En este caso, nuestro corazón representa un terreno adecuado en el cual la verdad puede dar frutos de bendición. Cuando el corazón está bien dispuesto, la disciplina viene a ser del todo natural.

De esta manera procuraremos ser correctos, manifestar pensamientos nobles y caritativos para honrar y santificar el nombre del Señor. Después de haber recibido tantos beneficios, y haber sido justificados por la fe, disfrutando de todo lo que procede de la grandiosa y maravillosa obra de Cristo, queremos también realizar una equivalencia correspondiente.

Las más bellas esperanzas están en nosotros, y es todo lo que es menester para lograr el maravilloso objetivo de la vida eterna; pero el éxito en esta dirección requiere seguir con todo nuestro corazón los consejos que el Señor nos da. Todo el bien que pensamos, decimos y hacemos es registrado en el libro de vida como un aumento en la viabilidad.

Sin embargo, todo lo que es malo es registrado como un déficit. Si el mal que hacemos es superior al bien, estamos bajo cero. En cambio, ninguno de los sentimientos amables y benévulos que tenemos es perdido, todo cuenta y se traduce en nuestra ventaja. El mal representa para nosotros una pérdida, mientras que el bien es una ganancia.

Podemos comer las mejores cosas, las frutas más deliciosas, si no realizamos el contravalor con el circuito de la gratitud que le tengamos al gran Bienhechor y Creador de todo lo bueno, el bien recibido de Él no es duradero. Sus beneficios no nos hacen un real provecho.

El agradecimiento no nos es presentado como una obligación, sino como una equivalencia del todo natural. Es evidente que para ser agradecido es menester ser sensibles al espíritu de Dios y esto requiere tener la fe.

Es raro encontrar a una persona que tenga verdaderamente la fe en toda la acepción de la palabra. La mayor parte de los hermanos y hermanas tienen un poco de fe; pero está sujeta a continuas vacilaciones, porque escuchan todavía al mundo, y se dejan distraer por toda clase de pensamientos que minan la fe y que provocan en ellos la inseguridad. La victoria requiere ser honrado y sincero en la práctica de los caminos divinos. No podemos cambiar el orden de las cosas, y todo se presenta según la ley de las equivalencias.

Los seres humanos viven en el desorden, en completa desarmonía con el programa del Señor. Por este hecho no pueden beneficiarse de la protección divina, puesto que hacen todo lo contrario de lo que hace posible esta protección. El Ángel del Eterno acampa en derredor de los que le temen y los libra del peligro.

Pero no hay muchas personas que temen al Eterno. Entre nosotros tampoco hay muchos que realicen el temor de Dios tal como debe ser considerado. Saben que muchas cosas son malas, pero las hacen de todos modos. Esto nos

da una idea de cuanto somos sugestionados por el espíritu demoníaco.

En efecto, no es natural hacer voluntariamente algo que desagrade a nuestro Bienhechor. El Señor nos ha socorrido amablemente, sacado de nuestra miseria, nos ha hecho ver su maravillosa luz; nos ha introducido en su familia y nos soporta continuamente.

El Eterno nos ayuda, nos estimula y nos bendice; por lo tanto no es natural causarle disgusto. Esto revela un rasgo de carácter muy acentuado. Por lo tanto, si descubrimos en nosotros semejantes tendencias, conviene esforzarnos en reformarnos.

Respecto a mí, tan pronto como me doy cuenta de que he hecho algo que ha afligido al Señor, experimento por ello una pena profunda. Me entran ganas de llorar como un niño, de tal manera esto me hace sufrir. Sin embargo noto ya mucho progreso, aunque me suceda todavía encontrarme en esta situación.

Vislumbro de antemano el momento en que mi sensibilidad estará suficientemente desarrollada, y en que habré adquirido el dominio necesario para que esto no me ocurra más. Suspiro con todo mi corazón por ese momento.

Cuando hemos logrado matar completamente el viejo hombre, hemos vencido al adversario y sentimos una paz completa y continua en nuestro corazón. ¡Qué gozo es poder considerar como vencidas todas las cosas que tanto hacen sufrir, o que antes nos habían atraído irresistiblemente! Entonces es un trabajo del alma que queda atrás y no está más delante de nosotros.

Los caminos divinos nos son propuestos amablemente; son maravillosos y todos ellos penetrados de amor y de ternura. ¡Qué inefable consuelo poder tener la seguridad de que el Eterno está cerca de los que le temen! Si hemos cometido una falta y que nos humillamos, el Señor nos cubre con su sangre, y nos restablece en su gracia.

Poco a poco debe irse la dura costra formada en nuestro corazón por las malas impresiones que en él hemos dejado penetrar; éstas deben desaparecer bajo los cálidos rayos del amor divino. Debemos dejar penetrarlos en nosotros, para que puedan realizar su maravillosa obra de purificación y de saneamiento.

Es menester que seamos personas naturales, buenas, afectuosas, amables, confiadas, que tienen una maravillosa fe en los caminos divinos y que se alegran de dejarse conducir en la buena dirección para alcanzar la meta. Los seres humanos poseen un magnífico organismo; por eso, ¡cuán triste es verlos descender unos detrás de otros en el sepulcro! Las Escrituras dicen que así como en Adán todos mueren, también todos revivirán en Cristo.

Hasta ahora la humanidad ha tenido que pasar por este horroroso calvario de la condenación y de la muerte, acompañado de los sufrimientos y dolores que trae consigo. Cuando pensamos en todas las enfermedades que aquejan a los seres humanos, y que los hacen bajar a la morada de los muertos con gemidos y gritos de dolor, nos damos mejor cuenta de lo que representa la condenación que se ha cernido sobre los hombres a causa de la desobediencia de nuestros primeros padres.

El resultado del mal es la maldición, la paga del pecado es la muerte. Hemos podido verificar cuan exactas son estas palabras de las Escrituras; pero, por otra parte, no estamos menos seguros de que el don de la vida eterna reside en Jesucristo nuestro querido Salvador.

Sin embargo, para beneficiarnos de una manera duradera de esta nueva vida, que nos fue tan caramente adquirida en la cruz por nuestro querido Salvador, hay que llenar las condiciones inherentes. Es preciso apartarnos del mal bajo cualquier forma que se presente, aún bajo las más atractivas o con los colores más tornasolados. El mal nos hace salir del Reino y nos conduce a la destrucción.

Cuando un hijo de Dios tiene la dicha de vivir en una estación, ¡cuántos esfuerzos debiera hacer para permanecer en ella! Conviene apreciar este inmenso privilegio en su justo valor. En general, los que no están en una estación saben estimarlo mucho mejor, y les agradaría poder entrar. Pero los que viven en ellas no tienen a menudo el aprecio requerido. Por eso a veces el adversario logra hacer salir a alguno, por una causa o por otra.

Naturalmente, hay toda clase de pruebas que surgen, y diversos incentivos se presentan en nuestro camino. También hay circunstancias de familia que requerirían una fe suficiente para vencer el obstáculo. Si este es el caso, y si el deseo de permanecer en el Reino es suficientemente acentuado, la prueba puede incluso llegar hasta su punto culminante, pero en el momento más crítico, el Señor interviene y viene la liberación. Desde luego, la victoria requiere pelear con fidelidad y perseverancia la buena batalla de la fe.

José fue rechazado por sus hermanos, vendido por ellos como esclavo. Su situación parecía desesperada. Pero el Señor velaba sobre él y dirigió todo para su bien. Finalmente José acabó siendo una fuente de bendición para toda su familia. Si tomamos ejemplo de él, también podremos realizar esta preciosa bendición. Para esto es menester que seamos honrados con el programa y no tergiversar.

El adversario procura desalentarnos siempre, influenciarnos desfavorablemente, e introducir cierto despecho en nuestro corazón. Cuando ocurren diversas cosas desagradables unas detrás de otras, el despecho podría apoderarse de nosotros y hacernos decir toda clase de cosas que no cuadran para nada con el Reino.

En semejantes ocasiones, ¡cuán bueno es poseer un carácter algo formado en los caminos divinos; poder ver las cosas bajo su verdadero aspecto y vencer al adversario al no querer saber nada de todas sus sugerencias!

Naturalmente, esto solamente es posible cuando hemos podido desarrollar en cierta medida la mentalidad del Reino de Dios. Las palabras y la teoría no sirven de gran cosa en el momento de la prueba; se necesita entonces tener la estabilidad del carácter, la cual se obtiene a medida que nos esforzamos en vivir el programa.

“Siete veces cae el justo, y siete vuelve a levantarse” dicen las Escrituras. El justificado, a fuerza de haber caído y vuelto a levantarse con la asistencia del Señor, y cada vez con una experiencia más, acaba por ser dueño de sus pensamientos, y capaz de resistir al adversario con una fe firme e inmovible.

Cuán felices somos de tener todavía delante de nosotros la posibilidad de afirmar nuestra vocación y nuestra elección para llegar a ser un verdadero hijo de Dios y alcanzar el objetivo que nos ha sido propuesto tan benévolamente por nuestro querido Salvador. Para esto es preciso ser dócil, y recibir humildemente las instrucciones divinas.

El Todopoderoso está cerca de los que sufren;

quiere ayudarlos, socorrerlos y bendecirlos. Ya simplemente sufrimos cuando constatamos nuestras propias debilidades y pobreza. El Eterno está cerca de nosotros cuando nos sentimos pobres y miserables, y desea estimularnos y curarnos.

Lo que debemos desarrollar sobre todo es la fe. Esta requiere una obediencia apropiada. Es necesario que tengamos el deseo de serle agradable al Señor. Nuestra sumisión y nuestro celo regocijan al Eterno, porque sabe que estos sentimientos nos harán viables; pues su único deseo es vernos vivos y felices.

Nosotros también debemos abrazar los sentimientos divinos en favor de los seres humanos. Debemos abnegarnos con entusiasmo por ellos y en lo íntimo de nuestro corazón estar convencidos de que nuestra recompensa es verlos por fin felices.

Abundan los sufrimientos, las desgracias, las decepciones y los disgustos de todas clases en medio de la pobre humanidad doliente y moribunda. Al vivir los seres humanos en la ilegalidad como lo hacen, no pueden desde luego cosechar otra cosa sino la decepción y la desgracia.

Ellos tienen que aprender a vivir la disciplina del Reino, acercarse al Eterno y procurar seguir sus consejos. Entonces pronto se abrirán sus ojos, y podrán también decir, con todas sus fuerzas: “Bendice, alma mía, al Eterno y no olvides ninguno de sus beneficios.”

El Señor no es un amo duro y severo como los jueces de la tierra, que juzgan con severidad a los culpables. Él es un Juez magnífico que paga por los pobres pecadores. Él puede perdonarles todas sus deudas, porque las toma sobre sí mismo.

Él es el Amigo noble y socorredor que nos lleva de la mano y que quiere conducirnos a la meta. Por eso, ¡cuán preferible es caer en sus manos que no en las de los hombres! David experimentó la inefable bondad divina, y dijo: “Iré al Eterno, le confesaré todas mis pobreza y me cubrirá con sus plumas; me guardará a la sombra de su gracia y de su protección.”

Tengamos, pues, también estos sentimientos, y procuremos con todo nuestro corazón agradar al Eterno, andando con fidelidad en sus sendas. Entonces podremos experimentar el gran poder de su protección, afirmar nuestra vocación y nuestra elección, a la gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Pensamos constantemente en serle agradecidos al Eterno, y experimentamos facilidad para vencer en las pruebas?
2. ¿Hemos sido humildes, valientes en la batalla, llenos de fe, de ardor espiritual, y aceptado bien las precisiones?
3. ¿Nuestra actitud es digna, sin compromisos, ni rodeos, ungida de gracia divina, de bondad y de ternura del corazón?
4. ¿Hemos procurado agradar al Eterno, vencer el egoísmo, las sugerencias del adversario, ser generosos para con el prójimo?
5. ¿Hemos tenido siempre pensamientos positivos, otorgado lo mejor al prójimo, sido una fuente de alegría y de estímulo?
6. ¿Cómo hemos realizado las lecciones de paciencia, de fe, de amor y de unidad?